

mer revés, que influyó de un modo desgraciado en sus disposiciones y le lanzó mas tarde á las filas de una oposicion fatal para él y funesta para Napoleon. Habiéndose devuelto al segundo consul Cambaceres la plaza de archi-canciller del Imperio, que correspondia á sus funciones judiciales, esperaba que se le concederia naturalmente la de archi-canciller de estado, como aneja á sus deberes diplomáticos, pero el nuevo emperador se habia esplicado ya con claridad sobre este asunto, no admitia el principio de que los grandes dignatarios pudiesen ser ministros, y no queria para estos cargos sino agentes amovibles y responsables, á quienes pudiese él destituir y castigar impunemente. El general Berthier era para Napoleon un instrumento tan necesario como Mr. de Talleyrand, y sin embargo queria conservarlo de ministro, como á este último, reservándose el derecho de aumentar considerablemente las dotaciones de ambos. No dejó de picarse Mr. de Talleyrand, y aunque prosiguió mostrándose cortésano, empezó á revelarse en él el cortésano descontento é incomodado, actitud que al principio supo disimular, pero que descubriéndose en lo sucesivo sin el menor embozo, le acarreó crueles desgracias.

Por lo demás todavia quedaban en la corte y en el ejército posiciones brillantes capaces de contentar todas las ambiciones, pues se contaban cuatro plazas de mariscales honorarios para los generales que descansaban de sus fatigas en el Senado, y diez y seis mas para los que, jóvenes á la sazón, debian figurar por mucho tiempo al frente de nuestras tropas. Reservaba Napoleon las cuatro primeras para Kellermann por los recuer-

dos de Valmy; para Lefebvre por su experimentado valor y por su adhesion que databa desde 18 de brumario, para Perignon y para Serrurier por el respeto y estimacion con que los distinguia el ejército. De las diez y seis plazas destinadas á los generales en activo servicio, trató de conferir catorce inmediatamente y reservar dos para recompensar futuros merecimientos. Diéronse por consiguiente los bastones de mariscales á Jourdan, por la batalla de Fleurus; al general Berthier, por sus eminentes y dilatados servicios en la direccion del estado-mayor; al general Massena, por las operaciones de Rivoli, Zurich, y Génova; á los generales Lannes y Ney por una série brillante de acciones heroicas; al general Augereau, por Castiglione; á Brune, por el paso del Helder; á Murat por su valor caballeresco al frente de la caballeria francesa; al general Bessieres, por el mando de la guardia, que egercia desde la batalla de Marengo, y del cual era digno; á Moncey y á Mortier por sus virtudes militares; á Soult, por sus importantes servicios en Suiza, Génova y campamento de Boloña; á Davoust, por su conducta en Egipto y por su firmeza de carácter, que tuvo en breve ocasiones de manifestarse, y al general Bernardotte, por el renombre que habia adquirido en los ejércitos del Sambre y Mosa y del Rhin y sobre todo por su parentesco, á pesar de la rencorosa envidia que Napoleon habia creído notar en el carácter de aquel caudillo, y de los presentimientos que el primero abrigaba, y á veces descubria en alta voz, de futuras traiciones.

Un general existia que á la verdad nunca habia mandado en gefe, pero que tuvo á sus órdenes

muchas veces, como los generales Lannes, Ney y Soult, cuerpos considerables y era tan digno como los oficiales ya citados del baston de mariscal: este general que no figuraba en la lista de los agraciados, era Goubion Saint-Cyr, quien sino igualaba á Massena en arrojo, le sobrepujaba en talento y en combinaciones militares. Desde que Moreau se inutilizó para la Francia por sus faltas políticas y desde que habian muerto Kleber y Desaix, Goubion Saint-Cyr y Massena, eran los hombres mas capaces de mandar un ejército, si esceptuamos á Napoleon, que en este punto no admite comparacion alguna. Pero el caracter celoso é insociable del mencionado general, comenzaba á conquistarle la tibieza del dispensador de tan anheladas gracias, porque el poder soberano abria la puerta á las debilidades, y Napoleon que perdonaba en el general Benardotte los indicios de traicion, anuncios de otra mucho mas grande, no supo perdonar al general Saint-Cyr rarezas de carácter, que no se oponen á la fidelidad ni al cumplimiento de sagrados deberes. Este caudillo obtuvo sin embargo colocacion entre los coroneles-generales y fué nombrado coronel general de coraceros. Turrot y Marmont, ayudantes de campo que habian sido del general Bonaparte, consiguieron los nombramientos de coroneles-generales de húsares y de cazadores, así como Baraguay-d'-Hilliers, el de dragones. El general Marescot quedó elegido inspector general de ingenieros, y el general Songis de artilleria. En cuanto á la marina, el vice-almirante Bruix, gefe organizador de la escuadrilla ascendió á almirante, y fué nombrado inspector general de las costas del Océano, al paso que el

almirante Decrés, tuvo á su cargo la inspeccion general de las costas del Mediterráneo.

Tambien la córte ofrecia grandes y pingües destinos, porque se estaba organizando con toda la pompa y esplendor de la antigua monarquía francesa, y con mas brillo que la córte imperial de Alemania. Debian nombrarse un gran limosnero, un gran chambelan, un gefe de casa real, un gran escudero, un gran maestro de ceremonias, y un gran mariscal de palacio, y fueron nombrados gran limosnero el cardenal Fesch, tio de Napoleon; gran chambelan Mr. de Talleyrand; y gefe de la real casa, el general Berthier. Respecto á estos últimos se consideraron los cargos que se les conferian, como indemnizaciones otorgadas para consolarles de la pérdida de dos altas dignidades del estado. Se dió el empleo de gran escudero á Mr. de Caulaincourt, para vengarle de las calumnias de los realistas, encarnizados contra él desde la muerte del duque d' Enghien, y Mr. de Segur, antiguo embajador de Luis XVI, cerca de la reina Catalina, y uno de los hombres mas apropiados para enseñar á la nueva córte los usos y costumbres de la que habia espirado, fué elegido gran maestro de ceremonias. Duroc que era ya gobernador del palacio consular, convertido ya en imperial, siguió en su mismo empleo con el título de gran mariscal de palacio.

No citaremos aquí los empleos subalternos ni los nombres de los pretendientes que los disputaban, porque la historia tiene que ocuparse de sucesos mas importantes, y solo descende á estos pormenores, cuando su relacion puede ser útil para la pintura fiel de las costumbres de un siglo.

Diremos si, que los emigrados, aquellos mismos que antes de la muerte del duque de Enghien, querian reconciliarse con el gobierno, que despues de aquel suceso se habian alejado por un instante, y que olvidadizos como todos los mortales pensaban ya mucho menos en una catástrofe que tenia dos meses de fecha, empezaron á figurar entre el número de los que anhelaban un destino en la corte imperial y algunos de ellos fueron agraciados. Tambien se pensó en organizar una servidumbre completa para la emperatriz, y Madame de la Rochefoucauld, señora de alto rango, cuya belleza habia desaparecido, no asi su talento, distinguida por su educacion y por sus maneras, realista acérrima en otro tiempo, pero entonces despreocupada y dispuesta á burlarse de sus estinguidas pasiones, fué nombrada primera dama de honor de Josefina.

Antes que el *Monitor* publicase el otorgamiento de las referidas gracias, corrian estas de boca en boca, acompañadas de los comentarios correspondientes de aprobacion ó desaprobacion, en los que no se revelaba todo lo que se sentia á la vista de tan singular espectáculo, pues cada cual aplaudia ó censuraba con arreglo á sus amistades, á sus odios, y á sus pretensiones negadas ó satisfechas, pues muy pocos obedecian á su conciencia política, por la razon de que esta solo existia en los tercos realistas ó en los implacables republicanos.

A los referidos nombramientos se añadió otro de mayores consecuencias, el de Mr. Fouché para ministro de policia, restablecido para él, en recompensa de los servicios que habia prestado en los últimos acontecimientos.

Era preciso dar á aquellas elecciones, y particularmente á la principal de ellas, que convertia á un general de la República en monarca hereditario, el carácter de actos oficiales. El senado-consulto estaba ya redactado y se trató de presentarlo el 26 de floreal (16 de mayo de 1804) para que el Senado lo decretase en la forma acostumbrada; la presentacion tuvo efecto y al punto se nombró una comision para que diese su informe, del cual se encargó Mr. de Lacedepe, uno de los senadores mas adictos á Napoleon, terminándolo en cuarenta y ocho horas, y leyéndolo en el Senado el 28 de floreal (18 de mayo). Aquel dia era el destinado para la proclamacion solemne de Napoleon como emperador y se habia decidido que el consul Cambaceres presidiese la sesion del Senado para hacer mas patente su adhesion al nuevo gobierno monárquico. Apenas acabó Mr. de Lacedepe la lectura de su informe, cuando los senadores, sin disidencia aparente y por aclamacion, adoptaron el senado-consulto, asistiendo con visible impaciencia á las formalidades indispensables que debian acompañar á aquel acto. Tambien se convino en que el Senado se trasladaria en cuerpo á Saint-Cloud para presentar el decreto al primer consul y saludarle con el título de emperador. Apenas quedó aprobado el senado-consulto, cuando los senadores levantaron tumultuosamente la sesion para meterse en sus coches y correr sin tardanza á la residencia de Napoleon.

Habianse tomado disposiciones en el palacio del Senado, en el tránsito y en Saint-Cloud para aquella escena nunca vista. Una larga fila de coches escoltada por la caballeria de la guardia,

condujo á los senadores hasta el último punto, en el que Napoleón y su esposa esperaban la solemne visita. El primero en pié, vestido de militar, tan tranquilo como siempre que se presentaba en público, y la segunda satisfecha y turbada, recibieron al Senado, presidido por el archi-canciller Cambaceres. Este, que de colega respetuoso habia pasado á ser súbdito mas respetuoso aun, dirigió, despues de inclinarse profundamente, las siguientes palabras al guerrero, hecho ya emperador:

SEÑOR:

«Hace cuatro años que el amor y la gratitud del pueblo francés confiaron á V. M. las riendas del gobierno, y las constituciones del estado descansaban en vos en cuanto á la eleccion de un sucesor. La denominacion mas imponente que hoy se os concede es el tributo que la nacion paga á su propia dignidad y á la necesidad que siente de daros todos los dias nuevos testimonios de su adhesion y profundo respeto.»

«¿Y cómo habia de pensar el pueblo francés sin entusiasmo en la dicha que experimenta desde que la Providencia le inspiró el deseo de arrojar-se en vuestros brazos?»

«Nuestros ejércitos yacian vencidos, las rentas públicas en el mayor desórden, el crédito público aniquilado; las facciones se disputaban los restos de nuestro antiguo esplendor, iban desapareciendo las ideas mas claras de religion y de sana moral, y la costumbre de dar y quitar el poder dejaba á los magistrados sin consideracion y prestigio.

«Aparecisteis vos, y fijásteis la victoria en nuestras banderas, restableciendo al mismo tiempo el órden y la economia en los gastos públicos; asegurada la nacion por el buen uso que sabeis hacer de sus caudales, tiene ya confianza en sus propios recursos; vuestra sabiduria ha calmado el furor de los partidos, la religion ostenta sus altares, y por último, y no es este el menor de los milagros que ha obrado vuestro talento, ese pueblo, al que la efervescencia civil ha hecho indócil é inaccesible al temor, ama y respeta un poder que solo se egerce para su gloria y para su tranquilidad.

«El pueblo francés no pretende erigirse en juez de las constituciones de los demas estados; ni las censura, ni las imita, porque su única leccion es la esperiencia.

«Por espacio de siglos ha aprobado las ventajas anejas al poder hereditario y despues de experimentar dolorosamente el sistema contrario, vuelve á entrar, por efecto de libre y reflexiva deliberacion, en un régimen adaptado á su carácter, y hace uso espontaneo de sus derechos para delegar en V. M. I. un poder, que su propio interés le prohibe egercer por sí mismo, estipulando tambien en pró de las generaciones venideras, y confiando, por medio de un pacto solemne, la felicidad de sus hijos á los vástagos de vuestra linea.

«¡Dichosa la nacion que, despues de tantas turbulencias, encuentra en su seno un hombre capaz de apaciguar la tormenta de las pasiones, de conciliar todos los intereses y de reunir todos los votos.

«Si está en los principios de nuestra constitucion el principio por el cual deba someterse á la

sancion del pueblo la parte del decreto que se refiere al establecimiento de un gobierno hereditario; el Senado ha creído conveniente suplicar á V. M. I. que disponga tengan inmediata ejecucion las disposiciones orgánicas, y para gloria y felicidad de la República, proclama desde este instante á NAPOLEON, EMPERADOR DE LOS FRANCESES.»

Apenas hubo terminado su discurso el archicanciller cuando el grito de *viva el emperador* resonó en las galerías del palacio de Saint-Cloud, y fué repetido en los jardines entre innumerables salvas de aplausos. La esperanza y la confianza estaban retratadas en todos los semblantes, y los espectadores arrebatados por el efecto de tan grandiosa escena, creían haber asegurado para mucho tiempo su felicidad y la de la Francia, y el mismo archicanciller Cambaceres se figuraba en su entusiasmo que siempre habia querido lo que entonces se verificaba.

Restablecido el silencio, el emperador dirigió al Senado las palabras siguientes:

«Todo lo que puede contribuir al bien de la patria, está esencialmente ligado á mi propia felicidad.

«Acepto el título que creéis útil para la gloria de la nacion.

«Someto á la sancion del pueblo la ley sobre derecho hereditario, y espero que nunca se arrepentirá la Francia de los honores que decrete para mi familia.

«En todo caso no reinarian mis principios con mi posteridad desde el momento en que esta dejase de merecer el amor y la confianza de la gran nacion.»

Volvieron á resonar mil aclamaciones, y en seguida el Senado por conducto de su presidente Cambaceres, dirigió una felicitacion á la nueva emperatriz que la recibió con su acostumbrada afabilidad y solo contestó á ella con una emocion profunda.

El Senado se retiró despues de haber concedido á aquel hombre, nacido tan lejos del trono el título de emperador, que no perdió despues de su caída ni en el destierro. En adelante lo nombraremos por este título, que le perteneció desde el dia que hemos mencionado. El voto nacional, tan seguro, que tenia algo de pueril el cuidado que se tomaban para hacerlo constar, debia decidir, si llegaría á ser emperador hereditario: pero entretanto era emperador de los franceses por el voto del Senado, que habia obrado en el círculo de sus atribuciones.

Mientras se retiraban los senadores, detuvo Napoleon al archicanciller Cambaceres, y quiso que se quedase á comer con él y con la emperatriz: ambos le colmaron de atenciones procurando hacerle olvidar la distancia que ya les separaba. Por lo demás el archicanciller podia muy bien consolarse, supuesto que en realidad no descendió: Napoleon era quien habia subido haciendo subir con él á todos.

El emperador y el archicanciller Cambaceres tenian que ocuparse de asuntos importantes relativos al acontecimiento del dia, es decir, de la ceremonia de la coronacion y del nuevo régimen que debia darse á la república italiana, que ya no podia ser república al lado de la Francia convertida en monarquía. Napoleon aficionado á lo mara-

villosa, habia concebido un pensamiento atrevido cuya ejecucion debia entusiasmar los ánimos, y dar mayor realce á su advenimiento al trono: aquella idea consistia en hacerse consagrar por el papa, quien debia trasladarse de Roma a París para tan solemne ceremonia. Nada de esto habia sucedido en los diez y ochos siglos de duracion que llevaba la iglesia, pues todos los emperadores de Alemania fueron siempre á consagrarse á Roma, y el mismo Carlo-Magno, proclamado casi por sorpresa emperador de Occidente en la Basilica de San Pedro el dia de Navidad del año 800, no pudo conseguir que el papa se incomodase por él. Es verdad que Pepino fué coronado en Francia por el papa Esteban; pero esto consistió en que este último habia venido á pedir socorro contra los lombardos: por manera que aquella era la primera vez que un papa iba á dejar á Roma para consagrar los derechos de un nuevo monarca en la propia capital de este monarca. Lo único en que aquello se parecia á lo sucedido en tiempos antiguos, era en que la iglesia premiaba con el titulo de emperador al afortunado guerrero que la habia socorrido: prodigiosa semejanza con Carlo-Magno que suplía á la legitimidad con que en vano se enorgullecian los Borbones, desacreditados por sus derrotas, su mala conducta y la parte que tomaron en indignos complots.

Apenas habia concebido Napoleon este pensamiento, cuando ya le habia convertido en resolucion irrevocable, proponiéndose traer á París á Pio VII de cualquiera modo que fuese, y ora tuviera que recurrir á medios de seduccion, ora fuera preciso atemorizarle; pero como aquella era

una negociacion de las mas difíciles, y en la cual solo él podia quedar bien, pensó en valerse del cardenal Caprara, quien no cesaba de escribir á Roma que á no ser por Napoleon, se hubiera perdido la religion en Francia, y quizá tambien en Europa. En consecuencia comunicó su proyecto al archi-canciller Cambaceres, y arregló de acuerdo con él el modo con que debian conducirse para dar la primera embestida á las preocupaciones, los escrúpulos y la fuerza de inercia de la corte romana.

En cuanto á la república italiana, si no hubiese sido su presidente el general Bonaparte, hubiera sido un teatro de confusion de dos años á aquella parte. En primer lugar Mr. de Melzi, que era un hombre de bien, y bastante sensato, tenia un carácter triste, estaba comido de gota y siempre se hallaba dispuesto á hacer dimision del cargo de vice-presidente, porque carecia de genio para soportar la pesada carga del gobierno, de suerte que era muy mal representante de la autoridad pública. Murat que mandaba el ejército francés existente en Italia, hacia malas pasadas al gobierno italiano, agriando mas y mas el carácter de Melzi, y Napoleon tenia que estar interviniendo á cada instante para poner de acuerdo á una y otra autoridad, á lo cual hay que añadir que poco adecuados aun los italianos para ese régimen constitucional, que les permitia tomar parte en sus propios asuntos, se mostraban indiferentes en un todo ó en extremo exaltados. Por lo demás, no habia otros que gobernasen sino los moderados, cuyo número era muy reducido, y que no sabian cómo componérselas con los nobles adictos á los

austriacos, los liberales inclinados al jacobinismo y las masas que solo se cuidaban de si los impuestos eran ó no gravosos, quejándose de la ocupacion francesa. «Estamos gobernados por extranjeros, nuestro dinero va á parar á manos extrañas;» esto se decia en Italia, lo mismo en la nueva república que cuando se hallaba al frente del gobierno la casa de Austria, existiendo únicamente un corto número de hombres ilustrados que conocian que gracias al general Boaparte, se habia dado existencia propia á casi toda la Lombardia, reuniéndola en un solo estado, gobernado en la realidad por sus mismos hijos, aunque hubiese un gobierno que egercia sobre ella una vigilancia exterior y remota; y que si era preciso dar todos los años 20.000.000 para el ejército francés, era una cantidad bien módica, tratándose como se trataba de mantener con ella á un ejército de treinta á cuarenta mil hombres, indispensable sino querian perder la unidad italiana, volviendo á sufrir el yugo de los austriacos. Sin embargo, á pesar de los sombríos colores con que el presidente Melzi llevado de su carácter melancólico, pintaba el estado de los asuntos de Italia, estos asuntos marchaban con bastante tranquilidad, merced al dominio que sobre ellos egercia Napoleon.

Convertir aquella república en una monarquía feudataria del imperio, dándola por ejemplo á José, era dar principio al imperio de Occidente con que soñaba Napoleon, arrastrado por su ilimitada ambicion; era asegurar en Italia un régimen mas fijo, era probablemente contentarla, pues le gustaria tener un príncipe para sí, y aunque solo fuese un cambio, podría ser dejase satisfechas á

aquellas imaginaciones inquietas y voltarias. Convencido, pues, de esto Napoleon, convino con el archi-canciller Cambaceres, quien tenia muy buenas relaciones con Mr. de Melzi, en que le escribiría sobre este punto, haciéndole las proposiciones convenientes.

Despues que Napoleon se puso de acuerdo con su antiguo compañero acerca de todo lo que habia que hacer, mandó llamar á Saint-Cloud al cardenal-legado, y le habló en tono cariñoso, pero tan positivo, que el cardenal no se atrevió á oponer la mas mínima objeccion. Lo que Napoleon le dijo fué lo siguiente: que le encargaba de un modo terminante pidiese al papa se trasladase á París, para officiar en la ceremonia de la consagracion; que mas tarde se lo pediría él formalmente, cuando estuviera seguro de que no se negaría á ello; que por lo demás no dudaba accedería á sus deseos; y que la iglesia debia secundar la idea por lo mucho que la importaba, pues nada contribuiría á afirmar la religion en Francia como la ida á París del soberano pontífice y en unir en una ocasion tan solemne las pompas religiosas á las civiles. En consecuencia de esto, el cardenal Caprara envió á Roma un correo de gabinete, y Mr. de Talleyrand por su parte escribió al cardenal Fesch dándole cuenta del nuevo proyecto, y encargándole apoyase la negociacion.

Corria entonces la primavera, y queriendo Napoleon que el viage del papa se verificase en otoño, se proponia para aquella época agregar otro prodigio al del papa coronando en París al representante de la revolucion francesa. Este pro-

digio no era otro que la expedición á Inglaterra, expedición que habia aplazado con motivo de la conspiración realista y de la institución del Imperio, pero cuyos preparativos habia perfeccionado de tal modo que no abrigaba duda alguna acerca de su buen éxito. Para ello necesitaba á lo mas un mes, pues queria obrar con la celeridad del rayo, y pensaba realizar aquella grande operación en julio ó agosto, regresando en octubre victorioso, aliado con la paz definitiva, y dueño de los destinos de Europa, para ser coronado á entrada de invierno, en el aniversario de 18 de brumario (9 de noviembre de 1804). Todos estos proyectos rodaban á un mismo tiempo por su imaginación, y ya veremos cómo, gracias á las combinaciones que últimamente formó, no eran puras quimeras.

Tambien el archi-canciller Cambaceres, escribió por su parte al vice-presidente Melzi, acerca de los asuntos del nuevo reino de Italia, debiendo apoyar las proposiciones que el primero hizo al segundo Mr. Marechalchi, ministro que era en París de la república italiana.

Los dias siguientes se invirtieron en prestar juramento al nuevo soberano de Francia, siendo introducidos unos tras otros todos los miembros del Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunado. El archi-canciller Cambaceres, de pié al lado del emperador, que se hallaba sentado, leia la fórmula del juramento, el personage admitido á jurar lo hacia en seguida, y levantándose á medias el emperador de su sillón imperial, saludaba aunque levemente á aquel que iba á rendirle homenaje. Esta repentina deferencia introducida en las rela-

ciones de los súbditos para con un soberano que la vispera era igual á ellos, causó alguna sensación á los individuos de los cuerpos del estado, quienes dieron la corona siguiendo el general impulso, sorprendiéndose al ver las primeras consecuencias de lo que habian hecho. El tribuno Carnot, cumpliendo la promesa que hizo de acatar la ley, así que se promulgase, prestó juramento con los demás miembros del Tribunado, mostrando tanta dignidad como respeto á la ley, y no estrañando tanto como otros las variaciones introducidas en las formas exteriores del poder. Empero los que mas notaron dichas variaciones, soltando algunas palabras malignas, fueron los senadores, si bien es verdad que contribuyó á inspirárselas una circunstancia especial. De las treinta y tantas senadurias creadas en la época del Consulado vitalicio quedaban por dar quince, á saber: las de Agen, Ajaccio, Angers, Besanzon, Bourges, Colmar, Dijon, Limoges, Leon, Montpellier, Nancy, Nimes, Paris, Pau y Riom. Provistas el 2 de pradiel (22 de mayo), se hallaban en el número de los favorecidos MM. Lacepede, Kellermann, Francisco de Neufchateau y Berthollet; pero en un centenar de senadores, de los cuales faltaban aun por proveer mas de ochenta, no bastaba con contentar á quince. Sin embargo, los que no consiguieron senadurias, tenian otros destinos á que aspirar, y por lo mismo no era cosa de desesperarse; pero entretanto revelaron con sus palabras el mal humor que abrigaban. A todo esto, aparecia lleno el *Monitor* de nombramientos de chambelanes, escuderos, camaristas y azafatas, nombramientos que recaian en personas que no porque á Napoleon



se le perdonase todo, gracias á su grandeza personal, eran dignas de que a ellas se les perdonase el afan con que querian elevarse en pos suyo. La impaciencia con que aquellos republicanos procuraban convertirse en cortesanos, y el ansia con que los realistas trabajaban por formar parte de la servidumbre de aquel á quien llamaban usurpador, era un espectáculo extraño, y si á esto se agrega el efecto que naturalmente debía causar este espectáculo en el ánimo de los que veian defraudadas sus esperanzas ó tenian que aguardar para verlas satisfechas, cualquiera comprenderá que tratarian de vengarse criticando, burlándose, menospreciando, y hablando mucho, para decirlo de una vez. Empero las masas arrojadas con aquel gobierno tan glorioso como benéfico, y admiradas de aquella escena nunca vista, no conocian sus pormenores, ni miraban con ojos de envidia á los que se encumbraban, haciéndose á si mismos prefectos de palacio ó chambelanes, pages á sus hijos, y camaristas á sus esposas; veian todo aquello con una sorpresa, que acabó por trasformarse en admiracion. Napoleon pasando á ser emperador de subteniente de artillería que era, bien recibido, aceptado por la Europa, y elevado sobre el pavés en medio de una calma profunda, cubria con el brillo de su fortuna las pequeñeces que andaban mezcladas con aquel suceso tan prodigioso. Es verdad que no abrigaban nuestros compatriotas el sentimiento que animaba la nacion en 1799 cuando salió asustada al encuentro de un libertador; es verdad que tampoco les guiaba el sentimiento de gratitud que en 1802 indujo á la nacion á dar á su bienhechor el

poder por toda la vida; es verdad por último que no se daban mucha prisa a mostrarse reconocidos á un hombre que se pagaba tan bien por su propia mano; pero le creian digno de la soberania hereditaria, admiraban la osadía con que la tomaba, aprobaban que la restableciese porque este era el medio de entrar completamente en la senda del orden, y estaban en fin deslumbrados con las maravillas que presenciaban. Así es, que aunque sus sentimientos se diferenciaban algun tanto de los que encerraba su corazon en 1799 y 1802, los ciudadanos acudian presurosos á depositar su voto en los sitios donde se abrieron registros, y mientras que los favorables se contaban por millones, apenas habia algunos en contra, hallándose en la masa inmensa de los en pró, como para atestiguar que la votacion era libre.

Napoleon tenia que sufrir un disgusto antes de hallarse en plena posesion de su nuevo título, disgusto que nacia de haberse comprometido al principio con demasiada confianza en la causa formada á Jorge y Moreau. Por lo que hace á Jorge y sus cómplices, por lo que hace tambien á Pichegrú, si hubiese vivido, la dificultad no era grande, pues la causa debía confundirlos y demostrar la participacion que en sus complots tenian los príncipes emigrados; pero Moreau se hallaba comprendido en la causa, y cuando empezó á formarse creyóse resultarían mas pruebas contra él que las que realmente existian, que aunque todas las personas de buena fé estaban seguras de que habia delinquido, no faltaban recursos á los mal intencionados para negarlas. Además, reinaba un sentimiento involuntario de compasion al

ver el contraste que presentaban los dos generales mas grandes de la República, uno de ellos subiendo al trono, y el otro sumido en un calabozo, y destinado no á morir en un cadalso, pero sí á vivir en el destierro. En casos tales se deja á parte cualquier consideracion, sea ó no justa, y de mejor gana se concede la razon al desgraciado que al afortunado, aunque esté de parte de este.

Aconsejados por sus defensores los comprendidos en la causa formada á Moreau, pusieron de acuerdo para disculparle completamente, aunque en un principio se mostraron muy enfadados con él; pero como el interés dominaba á la pasion, se propusieron salvarle, á ser esto posible. En primer lugar era una derrota moral para Napoleon, hacer salir de la carcel á su rival, victorioso de la acusacion fulminada contra él, revestido con el traje de la inocencia, engrandecido con la persecucion y convertido en enemigo implacable; y en segundo, porque si Moreau no habia conspirado podia sostenerse que no habia habido conspiracion, es decir delito, y de consiguiente tampoco culpables. Los realistas, pues, debian por su propia seguridad y por cálculos de partidos observar la conducta proyectada.

Por supuesto que los hombres dedicados al foro, se hallaban predispuestos en favor de los acusados, la clase media de Paris siempre independiente en sus juicios, y que siempre militaba en la oposicion cuando sucesos de gravedad no le hacian unirse al poder, se habia prendado de Moreau, deseando fuese puesto en libertad, y los que sin querer mal á Napoleon solo veian en Mo-

reau un guerrero tan ilustre como afortunado, cuyos servicios podian ser de utilidad, deseaban tambien saliese inocente, para que ni el ejército ni Francia perdieran un tan buen general.

Abiertos los debates el 28 de mayo (8 de pradiel, año XII), en medio de una concurrencia inmensa, los acusados que eran muchos, ocuparon cuatro filas de bancos, no siendo igual su actitud. Jorge y sus camaradas, mostraban una firmeza que rayaba en afectacion, sin duda porque podian decir eran victimas que se sacrificaban por su causa. Sin embargo, la arrogancia con que algunos de ellos se presentaron, disgustó al público, y aunque Jorge pasaba á los ojos de la multitud por hombre de energía fué acogido con algunos gritos de indignacion. Por lo que hace al pobre Moreau, abrumado de gloria, deploraba en aquel instante el nombre ilustre que hacia que todas las miradas se fijasen en él, y carecia de la tranquilidad de aplomo, que que era lo que constituia su principal mérito en la guerra. Es evidente que estrañaba verse allí entre aquellos realistas, cuando habia sido y era uno de los héroes de la revolucion, y si se hubiese hecho justicia á si mismo, hubiera conocido que merecia verse en semejante situacion por haberse dejado llevar del deplorable vicio de la envidia. Entre tantos acusados como allí habia, el público solo le buscaba á él con la vista, y hasta se oyeron algunos aplausos de algunos veteranos escondidos entre la multitud, y ciertos revolucionarios que creian ver nada menos que la República, en el banquillo en que estaba sentado el general en jefe del ejército del Rhin. Aquella